

La calle
Diario de un espectador
Eva Perón

para el martes 8 de diciembre de 2009

por miguel ángel granados chapa

Anoche a las diez se llama un tango típico, de esos que cantan a la traición, vengada a base de balazos y reproches. Pero no quisimos aludir a ese tango sino referirnos al horario en que el domingo por la noche apareció en la pantalla de TV UNAM, el canal de los universitarios, una película carente del brillo de la novedad (fue estrenada en 1996) pero reluciente siempre por la trascendencia de la protagonista. Se trata de Eva Perón, la cinta dirigida por Juan Carlos Desanzo que fue muy premiada y contó con la rutilante actuación de Esther Goris en el papel principal, y de Víctor Laplace, que hizo un muy convincente Juan Domingo Perón.

La vida de esa mujer ha sido abordada varias veces por el cine y la literatura. Ninguna mejor versión sobre ella que la *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, el gran narrador y periodista argentino. Pero para la televisión y el cine norteamericanos han desempeñado muy bien el papel de la desconcertante lideresa política, Fane Dunaway y Madonna. Sólo medio siglo después de la muerte de Evita fue filmada una cinta en la Argentina misma de su ascenso y su tragedia. Se ha hablado también de otra, titulada *El Mito*, que los militares que derrocaron a Perón tres años después de la muerte de su egregia primera esposa filmaron con rencor para arrancarla del corazón de los descamisados. Pero cuando calcularon que el insulto prodigado en la película podría causar el efecto contrario, y acendrar el amor que los pobres de ese país sintieron por la primera dama, decidieron ocultarla y aun destruirla.

Eva Perón a secas, sin diminutivo ni calificaciones se llama la película que nos ofreció la televisión universitaria. No carece de referencias biográficas, a la infancia y la adolescencia de la escuálida chica de los tobillos gruesos, pero se concentra en los breves años del poder político creciente de esta dirigente que al mismo tiempo apoyó a su marido y lo puso en aprietos. La relación se ambos se inicia por iniciativa de la joven Eva Duarte, que se aproxima al coronel Juan Perón en un festival de caridad (para auxiliar a los damnificados de un terremoto) efectuado en el Luna Park, el gran estadio bonaerense que, si no nos equivocamos, no existe más.

Eva Duarte luchaba por abrirse un lugar en el espectáculo porteño. Hacía pequeños y deslucidos papeles en la radio, de los que pronto la apartó Perón. Ése, a su vez, formaba parte de una junta militar encabezada por el general Edelmiro Farrell que confiaba en Perón, su ministro de trabajo, para el control de las masas que habían apoyado el golpe castrense pero se sentían traicionadas porque el nuevo gobierno era exactamente igual que el anterior y el anterior y el anterior. Perón era el político del grupo, el único capaz de establecer comunicación con la gente de la calle, aptitud que creció con Evita a su lado. Tenerla así fue un acto de arrojo porque en el mejor de los casos era una pebeta de la farándula, cuando no una prostituta como a veces ella misma se llamaba y como la ofendían los miembros de la oligarquía.

Perón se atrevió a hacerla su mujer después de que, preso por sus amigos militares, con quienes mantuvo siempre una relación tensa, de mutua desconfianza, ella arengó a los sindicatos para que presionaran al gobierno en pos de su libertad. Desde ese momento constituyeron una pareja en que ella ganaba cotidianamente espacio por su comunicación, o manipulación de los desposeídos, “los descamisados de la patria” como los llamaba. En acuerdo con ella y sus apoyos callejeros, Perón pretendió hacerla vicepresidenta pero las presiones del Ejército se lo impidieron. Acudió en su auxilio una enfermedad letal que asaltó al siempre frágil cuerpo de Eva. Cuando sus enemigos lo supieron pintaron en las paredes “Viva el cáncer”.